

El futuro de la



El hemiciclo del Palacio de las Cortes durante el acto de sanción de la Constitución. Su Majestad el Rey firmó en el texto constitucional. (Diciembre de 1978.)

Democracia



**Antonio
DE SENILLOSA**

PARECE que está de moda afirmar la ineficacia del sistema democrático, la incapacidad de una sociedad abierta alternativa, moderna y progresista para hacer frente a los cambios de todo tipo que van llegando cada vez más aprisa y, aún más, a los tremendamente sustanciosos que nos aguardan a la vuelta de la esquina. Existe una resistencia al cambio sobre todo en las personas no jóvenes; es como si el cambio produjera una aceleración hacia la muerte o, cuando menos, diera conciencia de la inminencia e inevitabilidad de ella.

Esa propaganda apolítica, ridícula e interesante anuncia, como síndrome tóxico de ese milenarismo, un final que daría paso, tras una terrible etapa de tinieblas, a la resurrección de los valores tradicionales que han sido arrebatados, a la fuerza, a los pueblos.

¿Cómo se consigue hurtar la fe a un pueblo? Es muy sencillo. Se abren las compuertas de la permisividad sexual. Se venden o regalan píldoras, preservativos, revistas, filmes, vídeos, libros, periódicos de contenido libidinoso. Se aprueba el divorcio y se fomenta el aborto. Se permite la crítica irónica del Palmar de Troya o

de los viajes en autobús, sin chófer, desde Fátima a Benavente. Se subvenciona la pederastia y el travestismo, se incita a la prensa del corazón a publicar los partos de las divorciadas. Y ya está.

Todo esto es muy poco serio. De la posguerra que llega tras la Segunda Gran Matanza Mundial surge la raíz ideológica de la Europa democrática actual. No es un sistema caprichosamente impuesto a los pueblos de Occidente por un grupo de ideólogos impregnados de dogmatismo. Es el resultado de un proceso histórico desarrollado entre 1940 y 1950. Cuando los ejércitos aliados ocuparon la parte occidental de Europa, liberándola de la ocupación hitleriana, lo que surgió en aquellos pueblos que se veían libres de la tiranía de cuatro años fue un deseo incontenible de lograr una reinstalación de los sistemas democráticos basados en la

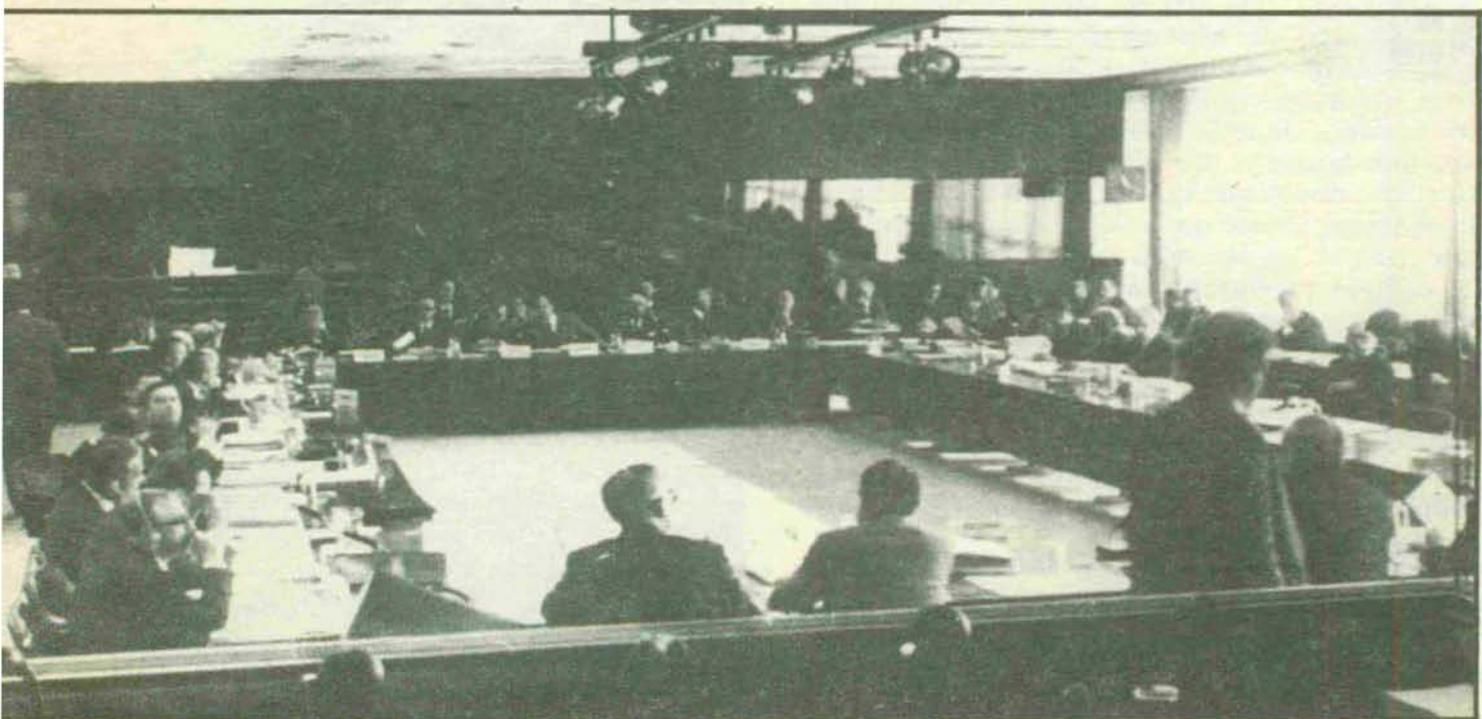


La visita de De Gaulle a la Alemania Federal, en septiembre de 1962, marcó un hito en las relaciones franco-alemanas y por ende en las nuevas perspectivas de una Europa de Naciones. (En la foto, con el entonces Canciller Adenauer.)



La primer ministro británica, Margaret Thatcher y el canciller alemán Schmidt, durante la cumbre de la Comunidad Económica Europea que se desarrolló en Venecia en junio de 1980.

soberanía nacional, expresada mediante elecciones libres basadas en el sufragio universal. Tal fenómeno no se produjo solamente en Francia, en donde el General De Gaulle, relegando al olvido su formación ideológica maurrasiana, demostró su clarividencia como hombre de Estado restableciendo la IV República, sino en los países vencidos, como la Alemania Occidental, en donde la República Federal Democrática y parlamentaria de Bonn permitió a ese gran pueblo, aunque desmembrado, resurgir gradualmente de sus cenizas y restablecer la normalidad cívica. Esa unánime identidad ideológica se manifiesta, asimismo, en las tres instituciones europeas que se ponen en marcha en 1940, 1949 y 1957 respectivamente y que se llaman el Consejo de Europa; la Alianza Atlántica y la Comunidad Económica Europea. En esas tres organizaciones continentales la ideología que impera es la misma y tiene connotaciones en su variedad instrumental semejantes. El Consejo de Europa, con sus veintiuna naciones miembros, se inspira en los derechos humanos y en su protección jurídica como base del entendimiento hacia la unificación continental. La democracia parlamentaria es la forma de Estado que, a su vez, reconoce el Consejo como la más eficaz para proteger aquellos derechos y mantener el más alto nivel de libertades civiles en el seno de cada comunidad nacional. En la historia moderna de Europa no hubo un planteamiento global democrático como éste que comportase el mismo tipo de Estado para todos los países. Europa es hoy un conjunto de regímenes homologables por sus constituciones. Cuando uno de esos gobier-



Reunión, en su sede de Bruselas, de Ministros de Asuntos Exteriores del Mercado Común Europeo.

nos cae en la dictadura o suspende su Constitución se abre un paréntesis en su pertenencia activa a la Asamblea parlamentaria del Consejo de Europa, que puede llegar, en ocasiones, a la ausencia total. Tal fue el caso de Grecia al asaltar el poder los coroneles «putschistas», volviendo Grecia a la normalidad democrática y al seno del Consejo de Europa seis años después. Y tal es el caso de la Turquía actual, a la que miramos con preocupación y con esperanza porque conocemos la mayoritaria vocación democrática de su pueblo y estamos convencidos de que la dictadura militar de ese país tiene sus días contados y retornará al sistema democrático en el curso de los dos años próximos.

Considero necesario repetir estos conceptos a pesar de su obviedad para salir al paso de quienes deliberadamente siembran el desconcierto en el sustancial tema de las formas de Estado que predominan con criterio unánime en la Europa occidental, como si esas formas estuvieran en juego o en discusión más allá de los Pirineos. Por ejemplo, el triunfo electoral del socialismo francés ha producido en la opinión española —como ocurre con frecuencia ante los acontecimientos políticos del país vecino— un impacto notable. En algunos sectores conservadores de España salta a conclusiones totalmente aberrantes para acabar nada menos que anunciando que Francia se halla al borde del caos económico-social y que el sistema democrático quedará gravemente averiado, en consecuencia, en toda Europa. Pero los que esto afirman confunden en sus argumentos lo que es un programa de gobierno y de partido y lo que es una forma de Estado. Europa mantiene el sistema de las democracias plurales como ámbitos de progreso cívico y como foros abiertos al ejercicio del poder de las diversas alternativas legales. Lo específico del sistema plural es el derecho a disentir y la posibilidad de cambiar por la vía legal. Es lo que distingue esencialmente a los regímenes del este de Europa de la organización de la vida pública en el oeste. El conservatismo económico a ultranza de Mrs. Thatcher no hace bascular a la oposición laborista, tácticamente, hacia una actitud anti-democrática. Tampoco el considerable proyecto de nacionalizaciones de gobierno de François Mitterrand, que se lleva a cabo de modo implacable, hará que los señores Giscard o Chirac se declaren partidarios de la «nouvelle droite» francesa con su carga filosófica, fascistoide, elitista, autoritaria y discriminante. Los principios democráticos son admitidos por cuantos grupos se encuentran incluidos en el arco constitucional de cada país. Son un común; un «acquis», una ideología fundamental, una aceptación de las reglas del juego sobre las que se construye, poco a poco, la Europa del mañana. Sin ese cimiento doctrinal que suscriben quienes participan en la vida consti-



François Mitterrand, anunciando su candidatura a la Presidencia de la República Francesa.

tucional de los veintiún países occidentales no podría levantarse el edificio de la unidad europea a falta de un criterio general que inspirase su trazado y su contenido.

La coherencia de esa identidad ideológica es tan grande que los problemas planteados por el desafío de la nueva era tecnológica que ha empezado en el mundo desarrollado no son simplemente considerados como una fascinante serie de datos nuevos que nos trae el progreso, sino, también; como un posible conjunto de riesgos que podría poner en peligro los principios esenciales que forman esa sociedad abierta de nuestro continente. Por poner unos ejemplos: la tentación que el fichaje electrónico de la totalidad de los ciudadanos de una nación puede ofrecer a un gobierno no controlado democráticamente para manipular, influir, perseguir o difamar a los adversarios políticos. Otro ejemplo: las limitaciones que en algunas perspectivas de la biotecnología humana han de introducirse para preservar el código genético de los cromosomas individuales propios, hablándose ya en el seno del Consejo de Europa de la necesidad de establecer una «carta de los dere-



Una reunión del Consejo de Ministros de la OTAN, en el Palacio de la puerta Dauphine, en París.

chos genéticos de la persona humana» en servicio de esa protección de la intimidad del yo hereditario.

En otra vertiente observamos la urgente necesidad de establecer un sistema de información técnica y científica para ofrecerla a los

parlamentarios europeos con objeto de que dispongan de un mínimo de datos esenciales para el mejor desempeño de su tarea legislativa en tiempos de creciente complejidad de los problemas del interés público.

Es evidente, asimismo, que el impacto del



progreso tecnológico está cambiando a gran velocidad los hábitos, las costumbres y los criterios personales y familiares de los países desarrollados. La televisión masiva no aleja al hombre del proceso del debate público, sino que, por el contrario, lo acerca y lo invita a participar más en él. Se habla ya de una «democracia electrónica» posible en las pequeñas comunidades para resolver asuntos determinados del

área municipal y comarcal. Ahora bien, ese tipo de estructuras que se planteará seguramente dentro de unos años, no deberá, en ningún caso, utilizarse para destruir los principios democráticos, sino para mantenerlos aunque puedan variar, lógicamente, las formas instrumentales del sistema democrático.

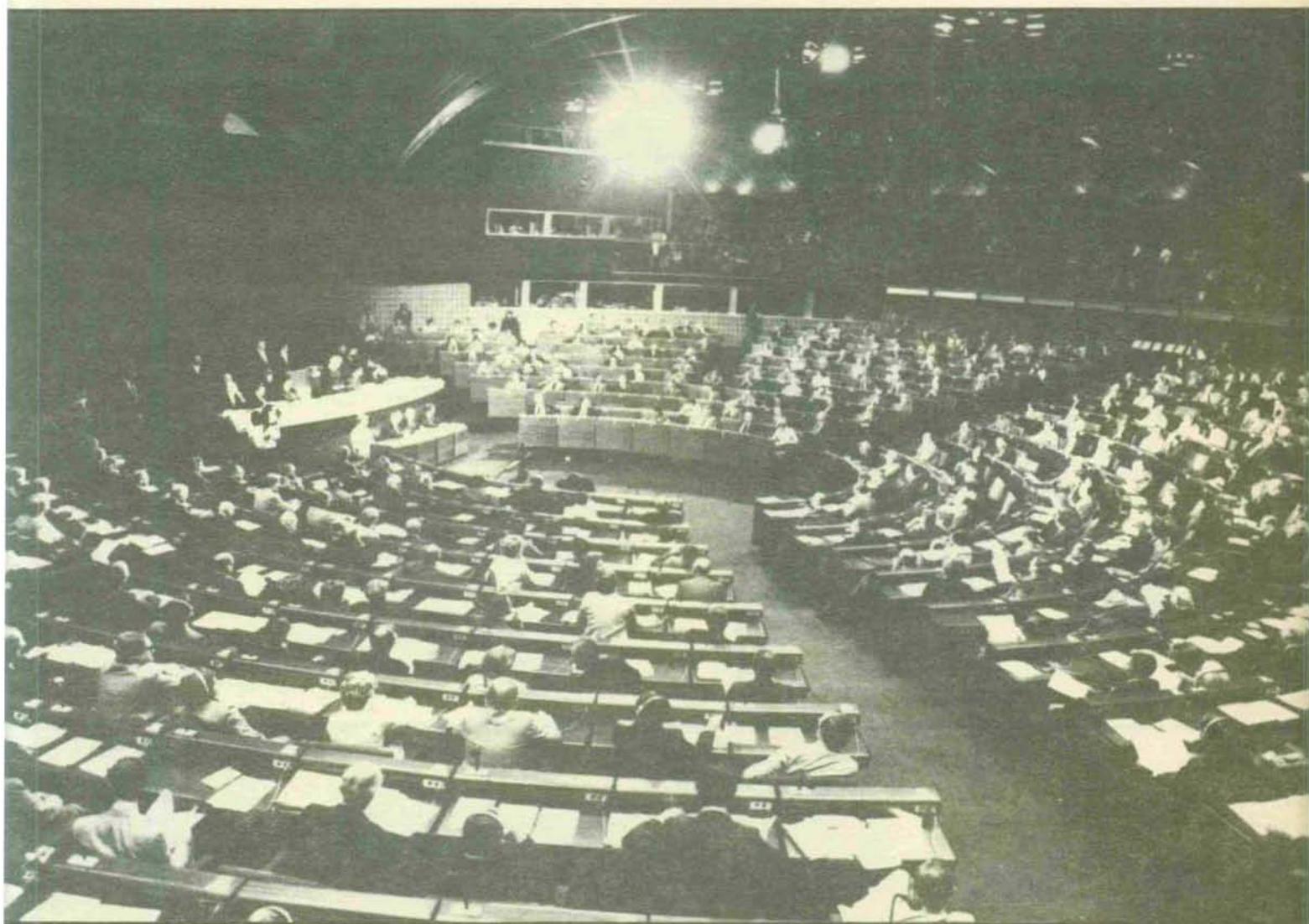
La Europa democrática integrada en el Consejo de Europa tiene hoy día 400 millones de



Vista del hemiciclo de las Cortes durante la celebración de un pleno.

habitantes frente a los 220 y 240 de USA y la URSS, respectivamente. Comercialmente esta Europa se ha convertido en el primer grupo exportador e importador del mundo, superior a los Estados Unidos, al Japón o a la URSS. Su densidad cultural, artística, literaria, educativa y humanística es la más alta del mundo civilizado. La unidad de Europa va más allá, a mi entender, de la actual división ideológica de los

pueblos que la integran, cuyas fronteras militares y políticas fueron impuestas artificialmente como resultado de los acuerdos de Yalta y Potsdam. Algún día Europa deberá unificarse desde el Atlántico a los Urales para ser coherente con su propio ser histórico y cultural. «Somos hijos —ha escrito Denis de Rougemon— de Atenas, de Roma y de Jerusalén.» Esa identidad ideológica del occidente es un



Reunión de la Asamblea Europea en Estrasburgo. (Julio de 1979.)

denominador común que defiende el progreso moral del hombre inspirado en la libertad, es decir, en la democracia.

Algunos —pocos— estamos en política porque la aventura individual o peripecia personal son insuficientes para cambiar, de verdad, una civilización injusta y aburrida. Y digo civilización y no sociedad porque no creo mucho en el tópico de cambiar el modelo de sociedad. Creo, más bien, que se trata, hoy, de un proyecto cultural más que de un proyecto político. Debemos cambiar la civilización, no la óptica, no los cristales de las gafas.

Al fin y al cabo la civilización es algo así como un conjunto de conocimientos, ideas, creencias y costumbres que forman el Estado social y la cultura de un pueblo o de una raza.

La democracia se adaptará a los nuevos y necesarios cambios, pero sobrevivirá porque es, y será siempre, el menos malo de todos los regímenes políticos. ■ A.S.

Exterior del Congreso de los Diputados.

